

forma que se avia de tener de su desposorio con Doña Juana, hija de la Reyna Doña Juana, la qual falsamente le ofrecia por mandado del Rey; é así Don Enrique era de todo engañado; las quales cosas, aunque sean secretas, no se escondieron al Rey de Aragon en la provincia de Ampurdan, donde estaba; á causa de lo qual algunas veces pensó prender al sobrino; é así escribia al Príncipe Don Fernando su hijo todo lo ya dicho, amonestándole lo que avia de hacer; el qual siguiendo el mandado del padre, no quiso aceptar el consejo de algunos que se ofrecian á lo prender; el qual vanamente pensaba señorear estos Reynos, si su casamiento oviera efeto. En este tiempo el Serenísimo Rey Don Juan de Aragon tomó toda la provincia de Ampurdan, é todos los puertos della, alguna parte por fuerza de los moradores, en tanto que los franceses estaban en Viana, con intencion de hacer la guerra al Conde de Armeña, que ya era vuelto de España en su tierra.

CAPÍTULO LXXVI.

De la muerte del malaventurado Conde de Armeña, fecha á traicion.

Este Conde de Armeña que en tiempo del Rey Carlos de Francia, padre de Luis, muchos trabajos avia pasado por las culpas y excesos por él cometidos, como oviese avido en su propia hermana dos hijos é la oviese tenido públicamente por manceba en oprobio de nuestra Santa fe Cathólica, temiendo las censuras del Santo Padre y las amenazas del Cathólico Rey, no aviendo venganza de las querellas que dél se daban por todos los comarcas, ovo de ser desterrado de su propia tierra, andando por el mundo vagando, siendo privado de su hereditario dominio, é despues fué tornado en posesion de lo suyo, que contenia muchas fortalezas é villas é grandes tierras, en las quales afirman aver mil y seiscientas plazas de puentes levadizas, en que hay tres notables ciudades, la una llamada Paris, que es Arzobispado, é la otra Leytora é la tercera Rodas; é como ya este Conde fuese restituido, é oviese por mujer una hija del Conde de Fox, el qual casamiento hizo por quitar antiguas enemistades que entre dos casas habia, é por mas confirmar el amistad, algunas veces estos señores se juntaban en sus gasajadas é deportes. Esta amistad turbó la malicia del Rey Luis de Francia, de toda concordia enemigo, mayormente deseando destruir al Conde de Armeña, para lo qual cada dia buscaba ocasiones mostrando dél tener grande enojo, diciendo que habia fecho guerra á los de Ampurdan en favor del Rey de Aragon. El porque algun tiempo avia tenido amistad á los ingleses é avia tenido ocupado el Ducado de Guiana, por lo qual una vez con su mujer era venido en Fuenterrabia, en tanto que el Rey Don Enrique de Castilla allí estaba, el qual en los Reynos de Castilla poseia el Condado de Cangas é Tineo, por cuyo ruego ovo perdon del Rey Luis; tornado en su tierra requerido por al-

gunos que de sus infortunios mucho se dolian, se vino en la ciudad de Leytora que muy fuerte, así por el sitio y altura que tiene, como por algunos notables edificios, donde determinó esperar qualquier fortuna que le viniese. E luego el Rey Luis le comenzó á hacer cruda guerra, é ninguna cosa dexó de buscar de quantas pudo para lo destruir; é como el Rey conociese aquella ciudad ser impunable é perder el tiempo que sobre ella estoviese, gastando en balde dineros é gentes, determinó que ninguna cosa le podria aprovechar más que la traicion para conseguir su deseo, é con muerte de un hombre excusar los daños é muertes de muchos y ensanchar su señorío, á quien despues de la muerte del Conde pertenecia, como el Conde hijos no tuviese que fuesen dinos de heredar su señorío. Estas cosas en la voluntad del Rey así concebidas, determinó de buscar personas que pudiesen poner en obra la traycion por él pensada, é ninguna halló mas á propósito para aquella maldad que el Cardenal Trapacense, el qual fué intérprete del malaventurado casamiento del Duque Carlos de Guiana con Doña Juana, llamada hija del Rey de Castilla Don Enrique, el qual algunos pensaban aver seido parte en la muerte del Duque de Guiana; pero como quiera que sea, despues de su muerte, siempre fué muy probado é único principal consejero del Rey Luis, no haciendo ningun sentimiento de la muerte del que tanto en su vida loaba, mas con alegre cara, sin vergüenza alguna, iba por las calles con las malas mujeres hablando; é como el Cardenal mas al Rey que á Dios obedeciese, é le mandase que entrase en la ciudad de Leytora con siguro del Conde é con fe que le diese de trabajar con el Rey que lo perdonase é perdiere dél todo enojo, el malvado Cardenal con grande instancia procuró la habla con el Conde de tal manera é con tanta familiaridad, que el Conde ya enteramente se confiaba dél creyendo todas sus palabras; el qual dixo al Conde que si queria bien librar, entregase al Rey la ciudad é sus bienes é su vida. El Conde conociendo la crueldad del Rey, dudaba mucho en esto, y decia que quanto viviese serviria al Rey con toda la lealtad, y para esto daria toda la siguridad que el Rey demandase, tanto que le dexase vivir en sola aquella ciudad sin injuria de ninguno ni opresion de los pueblos, é como ya fuese viejo é pobre, la edad que le quedaba pasar haciendo penitencia de los grandes errores en que avia caido, suplicando al Cardenal que le pluguiese procurar con el Rey como su justa suplicacion oviese efeto; é como la fe por ambas partes fuese dada, el Cardenal entraba fiablemente en la fortaleza todas las veces que queria, é trataba secretamente como el Conde fuese muerto; el qual ninguna cosa de aquello sospechaba. E como un dia el Conde estuviere muy atento en la fabla que el Cardenal le hacia, por uno de los que con el Cardenal venian le fué puesta una daga por los pechos, de que súpitamente murió; é luego el castillo fué tomado, é la ciudad ocupada, é asimismo todas las otras ciudades é villas é fortalezas que al Con-

de pertenecian, diciendo pertenecer al Rey, como el Conde hijos no toviese que heredarlo deviesen; lo qual todo se cree pertenecer á Carlos de Armeña, que es hijo legítimo suyo. Deste caso el Cardenal Trapacense quedó muy ufano, como triunfante é vencedor de maldad tan conocida, é muy cercano á la voluntad del Rey, como fuesen muy conformes en sus condiciones.

CAPÍTULO LXXVII.

De como el Rey Don Juan de Aragon recobró la muy noble villa de Perpiñan, é la muchedumbre de franceses que el Rey de Francia embió por defender la fortaleza que por él estaba, é por recobrar la villa.

En tanto que el Rey Luis de Francia se ocupó en acabar esta obra tan dina de memoria, de hacer matar al conde de Armeña, que por la forma dicha, los de Perpiñan, mirando la prosperidad que Dios avia dado al serenísimo Rey natural señor suyo, que no solamente oviese recobrado la muy noble ciudad de Barcelona, mas toda la provincia de Ampurdan, dello por fuerza é dello voluntariamente, determinaron de lo embiar llamar como le viesen en su vejez aver fecho cosas notables, dignas de eterna memoria, é pareció claramente la divina gracia ayudarle como en tan grande y decrepita edad le oviese retornado la vista que algunos años avia tenido perdida, é aver muerto todos los intrusos en el cetro real á él perteneciente, é oviese querido alongar de allí tan grande enemigo como era Luis Rey de Francia, dándoles nuevas ocupaciones; así los de Perpiñan secretamente embiaron á suplicar al Rey su señor quisiese venir tomar su villa, ni tuviese en mucho el poder del Rey Luis en que tuviese la fortaleza que los franceses tenían muy armada. El Rey recibió alegremente la embaxada de sus fieles vasallos, poniendo luego en obra lo por ellos suplicado, no temiendo ningun peligro que venir le pudiese, ni á los de Perpiñan les espantó el gran poder del Rey Luis de Francia, teniendo en poco qualquiera mal que venirles pudiese por recobrar su libertad, la qual por ninguna otra vía podian aver, salvo seyendosocorridos de su Rey. E como la gente de los franceses á ellos mucho desamase, é siempre fuesen enemigos los Catalanes é Aragoneses, é fuese cruel é agena de toda virtud é incomportable su condicion, la qual siempre fué tener oprimidos á los que á ellos se sojuzgaban, el magnánimo Rey, ganada la voluntad de sus fieles vasallos, quiso igualmente con ellos esperar la fortuna. Avida esta embaxada, el Rey señaló dia en que los de Perpiñan con los franceses de súbito peleasen, certificándoles en aquel dia mesmo seria con ellos, el qual lo puso así en obra, é los de Perpiñan pelearon tan duramente con los franceses, que les echaron de la villa, matando é hiriendo muchos dellos; é sin duda si la fortaleza no tuvieran, donde se retrajeron, maravilla fuera enemigo poder escapar de ser muerto ó preso. El Rey sobrevino al tiempo por él asignado, é mandó lue-

go hacer un gran fosado sobre la villa, entrela y la fortaleza, por la parte por donde los franceses podian salir á hacer daño á los de la villa, donde mandó poner los ingenios é lombardas para combatir la fortaleza por dar temor á los franceses é seguridad á los suyos. E como la provincia de Rosellon sea cercana á Narbona, á la parte del Oriente, é al Occidente tenga amas provincias, el Rey tovo forma de tomar la ciudad de Helna, situada en los valles no muy alongados de Perpiñan, que parecen del altura de los montes Pirineos, que derechamente van del Occidente al Oriente, é se estiende al medio dia fasta el mar Mediterraneo y llega fasta el puerto de Colibre. Los de Helna quando vieron la magnanimidad del Rey que á todo peligro se ponía por la salud de sus súbditos, valientemente pelearon contra los franceses que la ciudad tenían, y rescibieron el ayuda que el Rey su señor les embió, dando libre entrada á los catalanes y aragoneses de la provincia de Ampurias en Ruisellon. El Rey queriendo proveer en las cosas venideras, mandó hacer un grueso muro entre la villa de Perpiñan y el castillo por mucho mas fortificar el fosado que habia mandado hacer, é desde allí de dia é de noche el Rey mandaba combatir la fortaleza con ingenios é lombardas é con todas las otras artillerias que aver pudo, de tal manera que gran parte de las torres é muralla le derribaron, de forma que los franceses fueron puestos en tanta estrechez é necesidad, que ningun remedio esperaban, salvo el socorro del Rey de Francia, el qual se tardaba, como estuviere ocupado en la guerra del Duque de Borgoña; la qual quiso dexar con cierta conveniencia que con él ovo, é complia entonces mucho al Rey de Francia aver el puerto de Colibre; é como la provincia de Narbona ningunos puertos tenga, é desde Marsella fasta Colibre no haya lugar para poder estar naves, salvo allí donde Aguas Muertas se llaman, é allí suelen muchas veces las galeras estar, así era gran cuidado á los franceses por recobrar otra vez á Perpiñan é á Helna, é á los catalanes en recobrar á Colibre é otras muchas villas cerca del tomar en los llanos del Ruisellon. Colibre, como estuviere ocupada por valiente gente de Francia, no se pudo recobrar; cobráronse con todo eso algunas villas, unas por fuerza y otras por su voluntad. La villa de Salsas cercana á Narbona convenia tomar, la qual estaba guardada por muchas gentes de franceses: así duró por muchos dias la contienda de los unos por recobrar aquellas villas, é de los otros por defenderlas.

CAPÍTULO LXXVIII.

De como el Marqués de Caliz Don Rodrigo Ponce de Leon tomó por escala el castillo de Alanis y despues le tomó el Duque.

Como el Duque de Medina-Sidonia, despues de los debates comenzados entre él y el Marqués de Caliz, oviese tenido la villa é fortaleza de Alanis, dió la tenencia de ella á un escudero llamado Pedro de Nadal, al qual dió muy pobre tenencia, é como él

viese la poca gente que podía sostener, escribió muchas veces al Duque suplicándole le quisiese proveer de gente é de vituallas, con que pudiese aquella fortaleza defender; é como el Duque no lo proveyese, determinó de irselo á requerir en persona; é venido el Duque, fué avisado que el Marqués se aparejaba para venir á tomar aquella fortaleza; dióle muy poca provision, é mandóle que muy presuntamente se volviese á poner recaudos en su fortaleza, é por mucho que él anduvo, quando llegó ya la fortaleza era tomada por el Marqués; á la qual toma el Marqués avia enviado un caballero de su casa llamado Christobal Mosquera, hombre no perezoso ni cobarde, el qual la tomó con muy gran gente que del Marqués llevó, como la fallase acompañada de solos dos hombres; é luego se apoderó de la villa é fortaleza. El qual era en ella mucho amado, é tenia allí grande heredamiento. El mensajero de la tomada de la fortaleza fué el miserable alcayde, de lo qual en Sevilla por todos se ovo gran tristeza, como esperasen las cosas del Duque siempre ir de mal en peor, como desde Alanis é desde Alcalá de Guadayastra podía defender el paso para Ecija y Carmona, é desde Constantina eran tomados qualesquiera que de Córdoba viniesen con pan; é como el año fuese menguado, ninguna buena esperanza á los de Sevilla quedaba, y á la provincia de Leon era ocupado el camino, lo qual era siguro si Alanis estoviera guardada, é asi tomada de los enemigos, gran clamor en la ciudad se hacia, dando gran culpa é cargo al Duque de la tomada desta fortaleza. E óvose gran consejo en la ciudad por buscar remedio para la recobrar, é fueron muy diversas opiniones, é á la fin visto el daño universal que en la ciudad se seguia, aunque al Duque convenia remediar este caso, como por culpa suya fuese aquella fortaleza perdida, la ciudad acordó de sacar el pendon, é con él mil é quinientos de caballo é seis mil peones, é partieron así, é con ellos el Duque, por dar libertad á la ciudad en lo qual consistia la vida y honra de todos los ciudadanos de aquella ciudad, y en la tardanza perdimiento con grande instancia é infamia; é así fueron todos con grande animo é voluntad por recobrar aquella fortaleza. E salió esta gente de la ciudad de Sevilla á diez de hebrero del año de nuestro Redentor de mil é quatrocientos y setenta y tres años. Lo qual como el Marqués supiese, llamó á gran priesa sus ayudadores, é como en Xerez alguna sospecha toviesen, llevó consigo solamente setecientos de á caballo é fuese á Alcalá de Guadayastra, con esperanza que ovo de aver entrada en la ciudad por algun trato que en ella tenia, el qual como fuese sentido, los que en el trato eran fueron enforcados en vista del Marqués, é sin duda, si en Sevilla capitan hubiera, pudiera en la pasada rescibir muy gran daño, é Christobal de Mosquera como era caballero discreto y esforzado, reparó su fortaleza y esforzó la gente que tenia, esperando todavía el socorro del Marqués; el qual pasó sus batallas ordenadas juntas con la cerca de Sevilla, y fué pasar por el vado que se llama de las Estacas; é

tomó el camino de Alcalá del Rio, el qual en otro tiempo fué muy bien murado, é agora está derribada la cerca, en la qual villa el Marqués entró é hizo en ella muy gran daño; é allí se detovo dos dias, é volvió por cerca de Sevilla; é llegando á la puerta que se llama Oradada, ques una legua de la ciudad, en la qual avia una torre muy buena questaba por el Duque, é la tenia un esforzado escudero llamado Pedro de Montesdoca, mandóla combatir. E como los de Sevilla esto supieron, determinaron de salir á defenderla, como les pareciese grave cosa de comportar quel Marqués con tan poca gente tan grande injuria pudiera hacer á la ciudad de Sevilla; é como Rodrigo de Rivera, hombre de noble linage, pero doblado é maneroso, oviere quedado allí como principal, no lo consintia, diciendo que guardase su ciudad, é de otra cosa no curasen fasta que el Duque viniese; y la torre se combatió, y el Marqués mandó poner bancos pinjados y de manera que se pudo cavar por el pie, é puesta sobre puntales le pusieron fuego, é la mitad de la torre de súbito cayó, é mató quatro de los que en ella estaban que avian valientemente peleado, é otros quatro quedaron en la mitad de la torre, á los quales el Marqués dejó ir á Sevilla, é llevó consigo al alcayde. Y en tanto que estas cosas el Marqués hacia, el Duque tenia el cerco sobre la fortaleza de Alanis, el qual determinó de la combatir por tres partes. El un combate tomó para sí; el otro dió á Don Pedro d'Estúñiga, su criado; el tercero, que era el mas fuerte é mas peligroso, dió á Hernando de Rivadeneyra, que era capitan de la gente del Adelantado don Pero Henrique; y en quebrando el alba, el combate se aconteció duramente por todas partes. Christobal Mosquera esforzaba la gente que en la fortaleza tenia, é peleaba valientemente como buen caballero, dando esperanza á los suyos que el Marqués muy presto los socorreria. Hernando de Rivadeneyra, como fuese caballero esforzado é deseoso de ganar honra, con tan gran fuerza apretó el combate por su parte, que derribando mucho del muro, puestas las escalas, la fortaleza tambien por él se entró, y el alcayde todavía valientemente peleando con los suyos, de manera que allí fueron muchos muertos é heridos, así de la una parte como de la otra, é á la fin fueron todos los de la fortaleza presos, é algunos ballesteros que estaban en la fortaleza, que eran del comendador Mayor de Calatrava, el Duque los mandó ir libremente, é á todos los que de la villa en la fortaleza halló mandolos enforcar. El alcayde mandó honorablemente tratar. E sabido por el Marqués como la fortaleza de Alanis era tomada con grande enojo fué á Alcalá de Guadayastra. El Duque tardó en la toma desta fortaleza trece dias é ovo consejo si desde allí iria con la gente que tenia sobre Alcalá, donde creia el Marqués estoviese, por ver si le queria dar batalla, ó por ventura si los de la villa, visto sobre sí tan gran poder, avrian corazon de pelear contra el Marqués, que tiránicamente los tenia oprimidos, seyendo ellos vasallos de la ciudad; lo qual como el Marqués supiese, dejó á Alcalá la mejor

guarda que pudo, y partiose para Xerez. El Duque con todas las gentes que traia é con la que de Sevilla mandó venir, que fueron todos veinte mil peones é mil é ochocientos de caballo, se fué para Alcalá de Guadayastra, donde estuvo esperando gran pieza si faria algo de lo que avia pensado; é como su pensamiento fallasció, él se volvió á Sevilla con toda su gente.

CAPÍTULO LXXIX.

De la dolorosa é malaventurada muerte de Don Pedro de Guzman, é de Don Alonso, hermanos del Duque de Medinasionia; é del desbarato de Don Pedro d'Estúñiga, é de la prision de Don Juan, hermano del Duque.

Como entre el Duque y el Marqués se hiciesen cruel guerra é cada dia oviese recuentos del uno y del otro, é que á las veces llevaban los unos á los otros ventaja, é á veces los otros, no se podia desto cierta cosa escrebir, pero entre las otras fué una que se puede bien decir batalla, la qual acaesció en esta guisa: que como el Marqués tuviese cien lanzas en Alcalá de Guadayastra, de las quales eran capitanes Hernan Darias de Saavedra, cuñado del Marqués, é Martin Galindo, hijo del Comendador Juan Fernandez Galindo, é de allí hiciesen continua guerra á los de Sevilla, acaesció que un dia, miércoles de las tinieblas del año de nuestro Redentor de mil y quatrocientos y setenta y tres años, salieron de Sevilla Don Pedro d'Estúñiga, primogénito del Conde de Plasencia, é Don Pedro é Don Alonso é Don Juan, hermanos bastardos del Duque Don Enrique de Guzman, é con ellos fasta ciento ó cinquenta de caballo de hombres muy principales de aquella ciudad, con intencion de acuchillar á los de Alcalá, si en el campo los fallasen. É como Fernan Darias de Sayavedra é Martin Galindo fuesen certificados de la salida destes caballeros de Sevilla, embiaron luego decir á Godoy, Alcayde de Carmona, é á Pedro Mosquera, Alcayde de Marchena, rogándoles que á mas andar viniesen con la mas gente que pudiesen, porque ellos avian enviado alguna gente de la que allí tenían por algunas cosas cumplideras al servicio del Marqués; los quales, vistas las letras, partieron á mas andar, de manera que el Jueves de la Cena en amanesciendo llegaron á Alcalá con fasta docientos de caballo; é luego pusieron gran recaudo en la villa é fortaleza, temiendo que por aventura oviese allí algun trato; é salieron los capitanes con docientos é cinquenta de caballo é siguieron la via por donde creyeron que los caballeros de Sevilla avian de venir, é hicieron dos batallas no muy lejos la una de la otra, y estuvieron así esperando gran pieza del dia, é desque vieron que ninguna gente parecia acordaron de se volver cada uno para su lugar; é como Pedro Mosquera oviese mas larga la jornada, acordó de se ir luego, é Godoy se detuvo á dar cebada á sus caballos, é los capitanes de Alcalá quisieronle tener compañía fasta que fuese á caballo para se partir. Y estando así, vieron venir la gente de Sevilla, é cabal-

garon á gran priesa y enviaron un mensajero á mas andar á Pero Mosquera, rogándole que luego volviese, é los capitanes de Alcalá, é Godoy con la gente que traia fueron paso á paso al camino que los caballeros de Sevilla traian, é fechos todos un tropel, tomaron un cerro, é como los caballeros de Sevilla traian todos camisas blancas sobre las armas, como los vieron los contrarios tomaron las armaduras de cabeza é las lanzas en las manos é mandaron salir todos los pages de la batalla, é así vinieron los unos contra los otros, é así en la mitad de la ladera del recuesto se dieron de las lanzas, é cayeron muchas así de los unos como de los otros, é allí fué la batalla muy duramente ferida por amas partes, é los caballeros del Marqués estaban ya poco menos vencidos; y estando la batalla en este estado llegó Pero Mosquera con la gente de Marchena é dió tan de súbito en los caballeros de Sevilla, que los desbarató; é allí fueron muertos Don Pedro é Don Alonso, hermanos del Duque, é viéndolos, tomándolos uno del Marqués á vida é despues de conocidos matólos, de lo qual al Marqués pesó mucho; é Don Juan su hermano preso é á Don Pedro d'Estúñiga mataron el caballo é dióle otro un carnicero de Sevilla, el qual se salvó á uña de caballo; en la qual batalla murieron otros quince escuderos, é fueron muertos muchos caballeros así de la una parte como de la otra; é fueron presos Monsalve, criado del Rey Don Juan, é Arellano, hijo del Mariscal Carlos de Arellano, y el Comendador Pedro de Cabrera, hermano del mayordomo Andrés de Cabrera, que despues fué Marqués de Moya, é los dos hermanos Morales é otros muchos; é los caballeros del Marqués ojearon el campo é ovieron gran despojo de caballos, é jaeces, é sillas, é armas, ricamente guarnidas; é así vitoriosos con todo el despojo, se volvieron á la villa de Alcalá, aunque tristes por la muerte de aquellos caballeros é de algunos otros con quien deudo tenían. É allí mandaron enterrar todos los muertos, salvo los dos hermanos del Duque, los quales embiaron á Sevilla, puestos en sendos ataúdes, en dos acémilas acompañados de alguna gente; lo qual sabido por el Marqués mostró sentimiento de la muerte de los dos hermanos del Duque, é puso luto por ellos; é mandó llevar á Don Juan é á los otros presos á la villa de Marchena, donde los mandó bien servir y honorablemente tratar. El Duque fué tan remiso é tan poco cuidadoso, que tomó la salida de tan nobles caballeros de Sevilla; como ellos saliesen é llegase al Duque un pastor é le dixese: «Señor, yo sé cierto que en Alcalá son venidos asaz güespedes, é por eso sería necesario que mandasedes enviar mas gente á los señores vuestros hermanos»; é como allí se hallase Rodrigo de Rivera, dixo al Duque: «Señor, no curéis de enviar mas gente, que para el ayuda que puede venir á los de Alcalá asaz basta la gente que estos caballeros llevan»; é como fuese presente Alonso de Palencia, coronista, dixo al Duque: «Si bien sería que V. S.^a mandase enviar alguna mas gente, que de las cosas dudosas siempre debe tomar

lo mas seguro.» El Duque como hombre adormido é impróvido, rescibió tan gran daño de que otros muy grandes daños é males se siguieron, por dejar de creer á quien buen consejo le daba.

CAPÍTULO LXXX.

De la venida de D. Enrique Fortuna en Castilla, é de la forma que el Rey Don Enrique con él tuvo.

El Rey Don Enrique determinó de embiar por Don Enrique Fortuna, para lo qual ordenó de le embiar embaxadores de autoridad que de parte suya lo llamasen é le ofresciesen el casamiento de Doña Juana, hija suya, con esperanza de haber estos Reynos despues de su fallecimiento, para lo que avia consentimiento, no solamente de los Grandes, mas aun de los procuradores de las ciudades é villas dellos; en tanto que algunas cosas se emparejaban é Don Fernando é Doña Isabel eran desterrados, lo que ligeramente sería de acabar que Don Enrique Fortuna se viniese á la villa de Requena, que cercana á Valencia, donde el Rey embiaría gran copia de dinero en plata é caballos é mulas é todas las cosas á su estado convenientes. Oida esta embaxada por Don Enrique creyó todo lo que era dicho, é su madre para la venida le dió muy gran priesa olvidando los beneficios rescibidos del Rey de Aragon su tío, é no aviendo memoria del juramento é omage que tenia hecho de no hacer cosa de sí, sin sabiduría é consentimiento suyo, conociendo las mudanzas que en el Rey Don Enrique avian, el qual sin mas pensar se vino á Requena. Este Don Enrique Fortuna fué hijo del Infante Don Enrique hermano de los Reyes de Aragon Don Alonso é Don Juan, el qual fué Maestre de Santiago, caballero de gran virtud, por cuyo merecimiento el Rey Don Juan de Aragon no solamente dexó de punir é castigar los excesos de Don Enrique Fortuna, mas tratándole como á hijo le hizo siempre merced é beneficios, é como por su mala gobernacion oviese perdido la ciudad de Segorve, que por derecho hereditario era suya, é no la pudiese recobrar, le dió recompensacion de aquella en la provincia de Ampurdan, una muy noble villa llamada Castillon, lo qual todo olvidado, Don Enrique ensoberbecido con vana esperanza se vino á Requena, é desde allí el Marqués le hizo venir en el castillo de Garcimuñoz, en el comienço del mes de hebrero de mil y quatrocientos y setenta y tres años como pensase muy ligeramente los príncipes sus primos podian ser destruidos, y el Rey de Aragon preso en poder del Rey Luis de Francia, é que él podia poseer á Valencia é al Reyno de Aragon con ayuda del Rey Don Enrique, que ya creía ser su yerno, lo qual todo despues sucedió muy lejos de su pensamiento.

CAPÍTULO LXXXI.

De como el Rey de Granada por fuerza de armas recobró la villa de Cardela.

Haciéndose la guerra duramente entre el Duque de Medinasidonia y el Marqués de Cáliz, en un dia

del mes de Agosto del año susodicho, el Rey de Granada sacó muy gran gente, é vino á poner sitio sobre la villa de Cardela; lo qual como supiese el Marqués de Cáliz, determinó de la ir socorrer. É como el Duque de Medina supiese la gente que el Marqués allegaba, sacó muy gran gente de Sevilla, é vino por la villa de Utrera, de lo qual como el Marqués fuese certificado, como quiera que ya tenia mucha gente ayuntada, así de sus vasallos como de sus valederos, vióse forzado de dejar de ir á socorrer á Cardela, temiendo que el Duque viniese por le tomar á Xerez. El Rey de Granada, temiendo que Cardela sería socorrida, dió tan gran priesa en el combate, que aunque los christianos que en ella estaban se ovieron valientemente, é la defendieron valientemente quanto pudieron, al fin ovieron de retraerse á la fortaleza; é como los mas de los christianos estoviesen heridos, ovieron de darla con condicion que libres les deixasen ir, y así el Rey de Granada recobró la villa de Cardela, é así fueron llevadas las cruces é cálices é campanas é todas otras cosas sagradas que el Marqués allí avia dado, é la iglesia fué tornada mezquita, de quel Marqués ovo muy entrañable sentimiento, é propuso de perder la vida y estado ó aver venganza del Duque, á causa del qual aquella villa se avia perdido. El qual combate los moros hacian peligrosamente, y el Rey con un terciado y una adarga les dijo: «Arriba, perros, que hoy será Cardela de Moros.» Avia Rey nuevo en Granada.

CAPÍTULO LXXXII.

De como el Marqués de Caliz tomó por escala la villa y fortaleza de Medinasidonia.

Estando el Marqués muy lastimado por la pérdida de Cardela, cada dia andaba buscando como pudiese dañar al Duque en cosa que mucho le doliese, para lo qual mandó á Bernal Diañez, el qual avia sido Alcalde algunos dias en Cardela, que se fuese á estar en la torre de Lopera que el Marqués avia tomado á Payo de Ribera, que desde allí hacia grandes daños é males á todos los caminantes así naturales como estrangeros. El qual estando en aquella torre, como fuese cerca de Medina é fuese en invierno, iba muchas noches por tentar aquella fortaleza é hallábala á mal recaudo, donde no parecia velar mas de un viejo, é la mayor guarda que en ella avia era muchedumbre de perros que de dia tenian atados, é de noche soltaban por la fortaleza. É Bernal Diañez, que muchas veces venia sintiendo aquellos perros, conoció no se poder escalar, pero con todo no dejaba de venir muchas noches á tentar aquella fortaleza, en la qual era Alcayde un caballero llamado Pedro de Basurto, el qual como quiera que era casado, dábale tanto á mugeres, que pocas veces durmia en la fortaleza, é á fin de no gastar no tenia gente, é todo su gasto era en caballo y en jaeces, de que mucho se preciaba, é no tenia mas en la fortaleza de dos viejos. É como la madre de este Alcayde oviese grande enojo de su mal

vivir, é viesse la fortaleza tan mal acompañada, é muchas veces lo oviese reñido al hijo é que ninguna cosa le aprovechase, á fin de que tomase gente, mandó matar todos los perros. É como Bernal Diañez á menudo viniese á requerir aquella fortaleza, é una noche llegare allí é ningun perro ladrase, ni oyese mas de una vela, la noche siguiente trajo sus escalas é subió á la fortaleza, é vido el mal recaudo que en ella avia, é continuó esto algunas veces; é como conoció sin peligro poderse aquella fortaleza tomar, venida la Pasqua de Navidad, Bernal Diañez se fué para el Marqués é le hizo relacion de todo lo pasado; é luego el Marqués mandó llamar á Don Diego, su hermano, é á Pedro de Vera, Alcayde de Arcos, á los quales dió gente escogida de sus criados, é mandóles que siguiesen á Bernal Diañez, haciendo fama que iban á tierra de moros por hacer algun hecho señalado. É así Don Diego partió de Xerez la primer noche de Navidad, é tomó el camino de la ciudad de Arcos, é anduvo dos dias por los montes por desatinar la gente, é la tercera noche de Navidad, que fué á veinte y siete dias del mes de Diciembre del año susodicho, llegó á la fortaleza de Medina, é como la noche fuese muy oscura é hiciese gran niebla, no fueron sentidos. É Don Diego mandó al Alcayde Pedro de Vera que siguiese á Bernal Diañez, y embió con ellos cien escuderos, hombres principales, para que fuesen á poner las escalas; é Don Diego quedó con toda la otra gente de caballo é de pié para socorrer, desde que la fortaleza fuese escalada, media legua ó algo mas; la qual se escaló sin ser sentidos, é como ya estuviesen encima é la vela que andaba rondando llegase á ellos sin sentir ni ver cosa alguna, con la grande escuridad, fué luego preso é pusiéronle los puñales á los pechos, diciendo que lo matarian si voces diese. É luego subió toda la gente, é dos ó tres fueron con aquella vela á la torre del omenage, é mandáronle que llamase, diciendo que el Alcayde venia, el qual dormia fuera de la fortaleza; é dos pages que en la torre estaban abrieron la puerta creyendo que el Alcayde venia; los quales fueron luego presos é amenazados que callasen; é dieron luego las llaves de la fortaleza á Pedro de Vera, el qual fué luego á abrir el postigo por el qual Don Diego entró con toda la gente que de fuera avia quedado; é todo lo dicho ninguna cosa se sintió por la madre del Alcayde, ni por su mujer, ni por los esclavos y esclavas que en la fortaleza estaban. É luego Pedro de Vera fué al palacio donde estaba la madre del Alcayde é su muger é sus hijos, é cercóles el palacio por defuera, é tomadas ya todas las torres é aposentamiento é todas las cosas que en la fortaleza se hallaron, Don Diego envió un hombre de á caballo á mas andar, á decir al Marqués lo que era hecho, el qual anduvo tanto, que partió de allí á media noche é llegó á Xerez en quebrando el alba. É la tercera noche de Navidad la fortaleza se escaló; é como Don Diego mandase á toda la gente del Marqués que en la fortaleza estaban que diesen una gran grita, y el Alcayde lo oyese, vino como hombre turba-

do con fasta cinquenta ó sesenta hombres, é llegando cerca de la fortaleza salieron algunos de los que en ella estaban é comenzaron á pelear, y el Alcayde Diego de Basurto, hombre desesperado, metióse tanto en los enemigos, queriendo quebrar una cadena de la puente levadiza, que fué ferido de una lanzada por la boca que le pasó al colodrillo, de que luego súbito murió; é así juntamente perdió la vida é honra é bienes y el ánima é fué en tan gran peligro quanto parece que debe ir, segun se dice de su vida. É muerto, dijo Pedro de Vera á su madre y hermanas que estaban en un palacio encerradas, que lo tomasen allá, que estaba muerto. Respondió la madre que el que lo mató que lo pusiese en cobro, sin tomar voz ninguna ni hacer ningun sentimiento. É afirmase que los muebles que le robaron valian mas de un quento. É sin duda, si este malaventurado Alcayde oviese leido la segunda partida, no pusiera en tan mal recaudo su honra é su vida; la muerte del qual á todos los Alcaydes debe ser ejemplo, para que sepan poner cobro en las fortalezas que les son encomendadas. Sabida esta nueva por el Marqués, ovo grande alegría, é mandó repicar las campanas é salió de la ciudad de Xerez con quatrocientos de caballo, é fuese á Medinasidonia. Llegando á la ciudad, los vecinos della le salieron á rescibir é le besaron la mano como si fuera su señor natural, de lo qual fué causa la enemistad que los mas de los vecinos tenian con el Alcayde, é les injuriaban é les quitaban las mugeres por fuerza, aunque algunas veces se quejaban al Duque dél, y ningun castigo en ello puso. El Marqués dejó por Alcayde en la fortaleza de aquella ciudad á un hermano de Pedro de Vera, llamado Martin Gomez, y encomendó la justicia á Francisco de Vera, jurado de la ciudad de Xerez, é basteció la fortaleza de gente é armas é de todas las vituallas necesarias, é hizo reparar la fortaleza, é mandó hacer en ella una barrera á la parte donde fué escalada, y una cava asaz honda; y estas cosas así hechas, el Marqués se volvió á Xerez, é mandó que Pedro de Vera tomase todos los bienes del Alcayde Pedro de Basurto por le satisfacer de quanto el Duque tomó á Ximena, teniéndola este Pedro de Vera, donde entonces Pedro de Basurto ovo todos sus bienes. É volviendo el Marqués á Xerez, fué certificado cómo el Duque era salido de Sevilla con muy gran gente, pensando poder socorrer á Medina, é como por mensagero cierto fuese certificado la fortaleza é ciudad eran pacíficamente por el Marqués, volvióse á Sevilla con gran tristeza y enojo, al qual tomó la nueva llegado á Librixa.

CAPÍTULO LXXXIII.

De los grandes daños acasados en la ciudad de Córdoba.

De las diferencias é guerras pasadas entre el Duque de Medina Sidonia y el Marqués de Caliz, resultaron grandes males, no solamente en la ciudad de Sevilla, mas en Córdoba y en Sanlúcar é la mayor parte del Andalucía. É como en aquellas ciudades

los príncipes Don Fernando é Doña Isabel fuesen mucho amados, algunos que su servicio no deseaban, procuraron de meter gran cizaña entre los Christianos viejos é nuevos, especialmente en la ciudad de Córdoba, donde entre ellos avia grandes enemistades é grande envidia, como los christianos nuevos de aquella ciudad estoviesen muy ricos y les viesen de continuo comprar oficios de los quales usaban soberbiosamente, de tal manera que los christianos viejos no lo podian comportar. E como Don Alonso de Aguilar toviese aquella ciudad por estonce enteramente á su mandar é querer, favorecianlos quanto podian por grandes servicios que le facian, é tanto eran de Don Alonso favorecidos, con la amistad y envidia que dellos tenian y aviendo quien siempre añadiese discordia entre estas gentes, de tal forma que esta causa se ovo de hacer una conjuracion en la ciudad so color de donacion, en que entró la mayor parte della, á la qual llamaron hermandad de la ciudad, hicieron en ciertos dias precisiones, mostrando hacerse con grande devocion; é acasció que un dia yendo así la precision, una moza de edad de ocho ó diez años derramó una poca de agua por la ventana de una casa de un converso, la qual cayó encima de la imágen de nuestro Señora; é como allí fuese un cetrero, que en aquella cofradía ó hermandad era avido por muy principal, dió muy grandes voces diciendo aquellos ser meados echados á sabiendas, en injuria é menosprecio de nuestra santa fé católica, é á grandes voces diciendo: «Vamos todos á vengar esta gran injuria, é mueran todos estos traidores é herejes.» E como los chistianos viejos tuviesen el odio concebido con los conversos, iban todos juntos por quemar las casas de los conversos; é como por allí pasase un escudero del Alcayde de los Donceles, llamado Pedro de Torreblanca, hombre de sana é buena intencion, comenzó á decir que no hiciesen tan gran movimiento y escándalo, de que se podia seguir muy gran daño é deservicio á Dios é al Rey; é como estas cosas dixese, el cetrero le dió una grande herida, é luego vinieron muchos en ayuda de Torreblanca, y allí se comenzó muy gran pelea y el herrero con los de su compañía se fué huyendo á San Francisco, é de súbito se llegó allí mucha gente, é Don Alonso de Aguilar vino allí á muy gran priesa no solamente por el daño que Torreblanca avia recibido, mas por escusar el daño que esperaba que de aquello se avia de seguir. E como Don Alonso allí llegase, el herrero salió primero, é habló á Don Alonso con gran soberbia, lo qual Don Alonso no pudiendo comportar, le tiró una lanza de que le pasó de parte á parte, que luego murió; y llevado á su casa el herrero muerto, afirmaron que milagrosamente era vivo, de que ovo muy gran turbacion entre los conversos, é se fueron retrayendo á sus barrios é casas, donde se aparejaron para su defensa; é muchos christianos viejos fueron á casa del herrero dando muy grandes voces, diciendo que era vivo é sano, é así lo fueron publicando por toda la ciudad, á causa de lo qual la mayor parte de la ciudad

se levantó por matar é robar los conversos. E como Don Alonso de Aguilar ay estoviese, salió armado é con gente de caballo pensando escusar el gran daño que estaba aparejado; é vino á la casa del herrero creyendo con su presencia poder pacificar aquella gente; é como en aquella ciudad estoviese un caballero llamado Pedro de Aguayo, hombre codicioso, trajo consigo muchos de sus vecinos, con voluntad é propósito de robar sin vergüenza é acatamiento de Don Alonso. Comenzó el robo, y allí se hizo muy gran pelea, é fueron tirados por los del pueblo muchas piedras á Don Alonso, de tal manera que se ovo de retraer á la fortaleza; é así por todas las calles de la ciudad se comenzó gran pelea entre los christianos viejos é nuevos; en el qual tiempo se fallaron allí muchos labradores que venian al mercado, los quales publicaron por toda la comarca el estado en que aquella ciudad estaba, á causa de lo qual muchos vinieron á robar; é como quiera que algunos de los hidalgos de la ciudad ayudasen á los conversos, conociendo la maldad con que eran muertos é robados, muchos dellos, visto la muchedumbre de los robadores, diéronles lugar, é así todas las cosas de los conversos é algunas de los christianos viejos fueron quemadas é puestas á robo, é matronas desonrradas, é algunos muertos; é ningun linage de crueldad quedó que aquel dia no se ejecutase por los robadores; lo qual acasció en diez y siete dias del mes de Abril del dicho año de setenta y quatro. E la pelea duró dos dias continuos, en que mucha gente murió, así de la una parte como de la otra, é al tercero dia se hizo el robo general; en el qual dia muchas mas casas fueron quemadas, é los que por los campos fueron vistos por los labradores luego los mataban é robaban; é fué hecho pregon por la ciudad que todos los conversos fuesen para siempre privados de los oficios públicos della, é de los que escaparon muy gran parte se fué á la villa de Palma, donde por exemplo de lo de Córdoba, así allí como en Ecija y en Xerez, hicieran otro tanto si lo consintieran los señores que las gobernaban; y en Andami y en Montoro y en la Rambla fueron robados, y lo mesmo hicieron en Cabra, si el conde de Cabra Don Diego Hernandez, señor della, lo consintiera; el qual en algunos que comenzaron á robar hizo muy crudo castigo; y en la villa de Almodovar del Campo algunos conversos fueron muertos é robados por mano de los labradores, los principales de los quales fueron enforcados por mandado de Don Rodrigo Jiron, Maestre de Calatrava, é donde quiera que no habia quien los pueblos castigase, semejantes robos se facian.

CAPÍTULO LXXXIV.

De la muerte del Condestable Don Miguel Lucas, é del robo de muchos conversos moradores en la ciudad de Xerez.

En este tiempo entró el Rey de Granada poderosamente á correr las ciudades de Ubeda y Baeza quemando é talando gran parte de la tierra con dos mil de caballo é quince mil peones; por lo qual el

Condestable Don Miguel acordó de tomar un puerto con quinientos de caballo é tres mil peones por hacer daño en los moros. E vista la muchedumbre dellos, el Condestable receló de continuar lo comenzado, lo qual dió osadía á los moros de pasar con su presa de que los de Xaen daban muy gran culpa é cargo á la flaqueza del corazon del Condestable su capitan, como es cierto que, segun el lugar donde estaban, si él quisiera lo que caballero debia, los moros podian recibir muy gran daño, é luego comenzaron todos entre si de murmurar é decir mal del Condestable, é buscar algunas novedades, é no tratarlo con el acatamiento ni reverencia que solian, é hizose entre algunos del pueblo conjuracion en que se cree cupiese Gonzalo Mexia, caballero de noble linaje, el qual tomó algunas torres de aquella ciudad, é puso en ellas gente de armar para su defensa, de que el Condestable ovo grande enojo; é luego mandó llamar gente é comenzóse la pelea mucho mas grande de quanto el Condestable pensaba, en la qual murió un caballero llamado Diego de Quesada, pariente muy cercano de Doña Teresa de Torres, muger del Condestable. A todos los de la parte contraria pareció que ya no podia bien venir despues de la muerte de aquel caballero, si algun remedio no se buscasse, por quien pensasen ser esemidos de la dura servidumbre en que estaban, señoreados por el Condestable, contra la condicion de la gente de aquella ciudad, la qual siempre sufrió de mala voluntad sujecion. E como fuesen asi muchos armados, discurriendo por la ciudad, diciendo que querian saber qué mandaba hacer el Condestable, como entrasen todos en una iglesia donde él acostumbra á oír misa é hacer sus ayuntamientos, como el Condestable pusiese las rodillas para hacer oracion, uno del pueblo que mas cerca dél se halló, le dió un tan gran golpe con una ballesta de acero en la cabeza, que dió con él en el suelo, é todos los que cerca dél estaban le firieron con lanzas y espadas de tal manera que, no quedó en él señal de persona humana. E luego todos juntos fueron robar é matar los conversos; y en tanto que la multitud del pueblo en aquello se ocuparon, Doña Teresa de Torres, muger del Condestable, como fuese muy noble é de gran corazon, temiendo la crueldad é maldad de aquella gente, con sus hijos é con los hermanos del Condestable, se metieron en la fortaleza, é la basteció de gentes é de armas é de todas las otras cosas necesarias, de tal manera que hacian cruel guerra á los de la ciudad, donde muchos dellos fueron muertos. E tal fué la maldad de los del pueblo de Xaen, que no contentos de la muerte del Condestable é de los conversos, que sin causa alguna avian muerto, fueron en un lugar llamado Torre del Campo, cercano á la ciudad de Jaen, é combatiéronlo é mataron al Alcayde llamado Juan de Marruecos, é á su muger é hijos é esclavos é servidores, é robaron la torre: tan grave fué la rabia desta crueldad; é como ya conociesen los grandes males que habian fecho é dello se arrepintiesen, acordaron de retornar en la ciudad los caballeros y

escuderos que el Condestable avia desterrado por se ayudar dellos para la defensa de aquella ciudad, é costreñidos por necesidad, acordaron de mitigar el rigor, embiando por Fernan Lucas comendador de Oreja, é por Martin Lucas, comendador de Montizon, é por consentimiento de la Condesa viuda Doña Teresa los dieron la administracion de la ciudad.

CAPÍTULO LXXXV.

De cómo se declaró el engaño que el Rey Don Enrique hizo á Don Enrique Fortuna con una esperanza de casamiento suyo con Doña Juana hija de la Reyna.

Estas cosas así pasadas, el Maestro Don Juan Pacheco pareció ser tiempo de declarar el engaño que el Rey habia fecho á Don Enrique Fortuna, diciéndole cierto del casamiento suyo con Doña Juana llamada su hija, pasando tiempo con él, haciéndole venir á Requena é al castillo de Garcimuñoz, é despues á la villa de Madrid, donde estaba muy pobre é amenguado, en tanto que costreñido por estrema necesidad, se ovo de ir al conde de Benavente su primo, con el qual estuvo algun tiempo asaz menguado con su madre donde estovieron é sintieron la pena de su ligero creer. Y en este tiempo el Rey Don Enrique y el Maestre de Santiago no olvidaban de revivar el casamiento del Rey de Portugal que dias avia tenian asegurado con Doña Juana, hija de la Reyna Doña Juana, con esperanza de haber estos Reynos despues del fallecimiento del Rey Don Enrique; é óvose consejo muy secreto que el Rey de Portugal ayuntase todo el tesoro que pudiese y aparejase las gentes de su Reyno de caballos é armas é de navios é de todas las otras cosas necesarias para facer guerra, socolor que se aparejaba para pasar allende para facer guerra á los moros, en tanto que se trabajaba para delgazar el poder de los Príncipes Don Fernando é Doña Isabel. E como ya oviese oprimido los pueblos del Andalucía, que mas oprimir deseaba, á los unos por robos é muertes, é á los otros por temor, al Duque de Medinasidonia que seguia la parte de los príncipes avia fatigado é fatigaba por cruel guerra que el Marqués yerno del Maestre le avia fecho é facia continuamente; las quales cosas procedieron de la pereza é flojedad del Rey Don Enrique, é por la malicia de los que cerca dél estaban, á quien placia de todos los daños y escándalos en estos Reynos acascidos, creyendo por aquellos poder mas sublimar sus estados é acrecentar sus rentas, con ayuda general de la fé pública dellos.

CAPÍTULO LXXXVI.

Del cerco de Perpiñan é del Consejo que se ovo para que el Príncipe Don Fernando fuese á socorrer al serenísimo Rey su padre.

En tanto que los Reynos de Castilla é de Leon tan grandes trabajos sostenian, é los catalanes pensasen en algo de sus trabajos ser aliviados, despues de aver recobrado á Perpiñan, ninguna otra cosa les

parecía de adversidad les quedar, salvo los castillos de aquella villa é de Colibre, que los franceses tenían. El Rey Luis de Francia sufría de mala voluntad que el Rey Don Juan de Aragon oviese recobrado las villas de Perpiñan é de Helna é por eso trabajó de se concertar con el Duque Carlos de Borgoña porque pudiese todas sus fuerzas poner para recobrar á Perpiñan, para lo qual ayuntó gran copia de gentes, con los quales embió estrenos é valientes capitanes, é con ellos al Cardenal Trapacense, y al llamado Albacense, como superior é amonestador de las cosas que facer se debían. Esto sabido por los catalanes é aragoneses, que con su Rey agravado en tanta vejez estaban, suplicaban al Rey que le pluguiese de dejallas el cargo de la defensa de aquella villa, é pusiese su persona real en mas seguro lugar; ni quisiese ponerse en peligro tan conocido, como sola su libertad podia mucho mas aprovechar á los trabajos de sus súbditos que si igualmente á ellos fuese cercano, porque les parecia ser necesario de embiar sus mensajeros al Príncipe Don Fernando su hijo, los quales le amonestasen que todas las cosas dejadas en Castilla, viniese socorrer á su padre, como él fuese en extremo caballero é mancebo é pudiese prestamente discurrir por las provincias cercanas á los Reynos de Aragon, el qual podia traer gran copia de gentes para resistir á los enemigos; lo qual si dejaba de hacer con gran corazon é dureza, ponía en peligro su persona real con gran infelicidad suya é miserable servitud de los suyos. A lo qual el fortísimo Rey respondió: «Caballeros, mucho estoy maravillado de la prudencia y virtud de vosotros como ayais avido el honor que rescabistes con la guerra, pensádeses agora la verdadera salud de Perpiñan é de todo el Condado de Ruysellon no estar en mi presencia, que yo estando ningún espanto nos puede hacer el ejército de los franceses por grande que sea; é si yo me partiese, por la opinion concebida ser de miedo, los que cerca de mí estando, serian valientes, con mi ausencia enflaquecerian, é por aventura darian la villa á miserable sujecion é podia ser que algunos de los moradores della se inclinara á la dar por traicion.» E visto el propósito del Rey, los aragoneses é valencianos é catalanes que allí estaban acordaron de embiar sus embaxadores suplicando al Príncipe Don Fernando quisiese venir ayudar á su padre puesto en tan decrépita edad, entre tan grandes trabajos é peligros. Estas cosas oídas por el Rey mandó llamar generalmente á todos que viniesen á la iglesia mayor, donde algunas veces mandaba hacer sus ayuntamientos, é allí en presencia de todo el pueblo hizo un juramento en forma de nunca se partir de Perpiñan fasta tanto que aquella villa fuese librada del temor que tenía del cerco venidero de los franceses, quitando mucho la venida dellos con gran muchedumbre de gentes, las quales pensaron oprimir al Rey é á todos los de la villa por continuo combate de tiros de pólvora é trabucos é ingenios é por hambre, apretándolos de tal manera, que de ninguna parte le pudiese venir socorro, mayormente

como les pareciese que el atajo que el Rey avia mandado facer entre la villa é la fortaleza no podia ser bastante para se poder amparar é defender; é tenían los franceses allende desto esperanza de haber la villa por traicion de algunos moradores della, é creían el Rey tan viejo no podria sostener tan grandes trabajos é fatigas, é convenille ya encomendar el cargo algunos de quien los moradores de la villa no acatasen con reverencia, lo qual por cierto mucho lejos acaesció del pensamiento de los franceses como el valientísimo Rey desde la hora de la nona armado, encima de un caballo andaba de estancia en estancia, requiriéndolas é poniendo en cada una un estrenuo caballero por capitán, é gentes escogidas para las guardar é con maravillosa solicitud ninguna cosa le quedaba de proveer en todo lo necesario; pero con todo eso los franceses tenían en poco la virtud del Rey confiando en la traicion que algunos dias estaba puesta en obra, como tuviesen una mina fecha desde el campo, que entraba en la casa de un traidor hombre muy principal de aquella villa; é como la gente de los franceses de súbito saliesen por aquella casa, el Rey que en todas las calles avia fecho contraminas, temiendo aquella traicion poderle ser fecha, socorrió con muy gran presteza con quarenta caballeros, é en la mitad de la noche valientemente combatió aquella casa de tal manera que todos los franceses que por la mina entraron ninguno quedó que no fuese muerto ó preso, y en los otros que de fuera estaban se hizo tal daño, que pocos dellos volvieron sanos á la fortaleza, é todo aquel dia los franceses gastaron en proveer los caminos como no tuviesen mucha esperanza de aver la villa por combate, é los franceses hicieron en torno de la fortaleza tres fosados, porque los catalanes é aragoneses aunque eran pocos en comparacion de la muchedumbre de los franceses, no pudiesen entrar en la fortaleza é por la tardanza del tiempo con la hambre oviesen de dar la villa; é como en este tiempo los que en ella estaban con Don Juan, Arzobispo de Zaragoza, hijo bastardo del Rey de Aragon, corrian el campo é traian provisiones á Perpiñan, é hacian grandes daños en los franceses, pero con todo eso los de Perpiñan, temiendo el largo cerco, enviaron sus mensajeros al Príncipe Don Fernando, suplicándole segunda vez no tardase de venir socorrer á su padre, como el cerco cada dia mas amenazase la toma de aquella villa, segun la muchedumbre de los enemigos que cada dia mas se acrecentaban, como la voluntad del Rey Luis de Francia mas atenta en esto fuese que en otra cosa, é si por batallas á banderas desplegadas no eran socorridos, difícil seria, ó mas verdaderamente hablando, imposible no ser muertos por hambre. Visto este mensaje por el Príncipe, aunque continamente pensaba venir socorrer á su padre, determinó de aver el consejo de la Princesa Doña Isabel, su muger, é del Arzobispo de Toledo, los quales como quiera que conociesen quanto daño venian en las cosas de Castilla por la partida del Príncipe, pareciolos ser cosa razonable de dejar to-

dos los otros negocios por socorrer en tan extrema necesidad donde pendía la vida del padre é la libertad de los fieles caballeros é vasallos suyos, é que convenia sin tardanza alguna la partida suya ponerse en obra, como quiera que al Arzobispo quedaba gran cargo despues de la partida del Príncipe con muy delgada sustancia, despues de aver hecho muy grandes despensas; é como entonces Troyllos Carrillo tuviese siete mil florines por aver el derecho del Condado de Augusta en la isla de la ulterior Cecilia, mandó el Arzobispo que los diese para pagar sueldo de docientas lanzas que con el Príncipe fuesen por dos meses, sin que el Rey de Aragon ni el Príncipe les oviese de dar cosa alguna. El Príncipe loó mucho la mananimidad é liberalidad del Arzobispo, é todos los otros grandes que á los Príncipes seguían se ofrecieron de le hacer mas largo servicio, los quales todos con palabras satisficieron, salvo solamente Don Alonso Manrique, hijo mayor del Almirante Don Fadrique, el qual trajo setenta lanzas muy escogidas é algunos otros peones hijos-dalgos que quisieron ir á servir al Príncipe, con la qual se acrecentó el número de la gente que el Príncipe llevó en Aragon fasta quatrocientas lanzas, lo qual incitó á los de Zaragoza á hacer ayuda al Príncipe con docientas lanzas é á los de Valencia no menos movió la ida del Príncipe é la calidad de tan extrema necesidad en que su padre estaba. E con estas gentes el Príncipe continuó su camino fasta llegar en Perpiñan.

CAPÍTULO LXXXVII.

Del bienaventurado suceso que ovo el Príncipe Don Fernando en la ida de Perpiñan, é de la muerte del Cardenal Albacense é de la concordia fecha entre los Reyes de Francia é de Aragon.

En otra manera sucedió el viaje del Príncipe Don Fernando de como lo pensaba el Rey Don Enrique, el qual, como continuase su camino, muchos de los aragoneses, valencianos é catalanes lo quisieron seguir, aviéndose por bien aventurados en poderse fallar en servicio de tan gran Príncipe contra sus enemigos; ni menos los que estaban en Perpiñan con su Rey trabajaban por conservar su salud é la libertad de sus súbditos, en tanto quel Príncipe Don Fernando recogía sus gentes para venir en socorro del Rey su padre. Ni los que en Perpiñan estaban dejaron de pelear continuamente con los franceses, de los quales, aunque en número eran mucho menos, en virtud eran mayores, é de tal manera se avian con ellos, que siempre los sobaban é llevaban dellos ventaja conocida. E como los franceses á los caminos saliesen, los que estaban en Helna con el Arzobispo de Zaragoza, hijo del Rey de Aragon, aguardábanlos, é mataban é prendian muchos dellos; é increíble y maravillosa cosa es con quales artes y engaños los aragoneses conservaban la vida de su Rey é la libertad general de todos, como fuese tan poca gente dentro en Perpiñan en comparacion de la muchedumbre de los franceses, teniendo tan grandes fuerzas, é fuese

libre de los franceses á la parte de Colibre é á la provincia de Narbona; é á los catalanes ninguna salida les era segura segun la dispuscion é ordenanzas de las estancias que en los caminos los franceses tenían, á los quales pudo engañar el estrenuo é valiente caballero Mosen Pierres de Peralta, Condestable de Navarra, el qual como supiese la lengua francesa, vistiéndose hábito de fraile menor, discurrió por todas las estancias de los franceses é por todo el Condado de Ruysellon, y entró en el Real de los franceses, é con ellos muy largamente habló haciéndose á ellos muy principal; é como entre los franceses é catalanes peleasen, é algunos cayesen de los franceses mostrándose misericordioso é así con los que se volvían á Perpiñan se metió, de quel Rey ovo gran alegría, el qual en muchas cosas les avisó, de que gran provecho se le siguió; y de continuo este caballero, aunque viejo, con dos hermanos llamados el uno Beltran de Almendarez y el otro Juan de Almendarez que mucho habian servido al Rey de Aragon en el tiempo de la rebelion de Barcelona, cabalgaban todos tres con poca gente é tan sabiamente lo hacía, que siempre mataban é prendian algunos de los franceses, de tal manera que ni osaban ir al campo, ni solamente á dar agua á sus caballos, ni á traer leña, que saliendo de su real no fuesen presos ó muertos. E acaesció que como cada dia bienaventuradamente los navarros peleasen con los franceses, tanto creció en ellos la osadía, que como los franceses dexasen las puertas del real abiertas, Juan de Almendarez con tres de caballo en la entrada del real fué preso, é contra la ley de la guerra, por la furia de los franceses fueron muertos. El Rey con el gran enojo de la muerte de aquel caballero é de los que con él iban, mandó degollar todos los prisioneros franceses que tenía, lo qual como en el real se sintiese, embiaron luego humildemente suplicar al Rey le pluguiese usar de clemencia é misericordia por la muchedumbre de prisioneros que tenía, perdonando el error hecho por algunos sin consentimiento ni voluntad del capitán ni de los otros principales que con él estaban, é quisiese creer que dende en adelante las leyes de la guerra se guardasen. Al clementísimo Rey plugo de acetar el ruego de los franceses, los quales como ya sintiesen la venida del Príncipe Don Fernando, pensaron hacer alguna cosa hazañosa ante de su venida, para lo qual hicieron una mina secreta por debajo del atajo que el Rey de Aragon habia mandado hacer, é un dia ántes que amaneciese, salieron por la mina la gente de armas de los franceses, é pusieron las escalas al muro, é subieron algunos por ellas; é como uno quisiese tomar una torre en la qual estaba un velador, de quien ante de entónces muy poca cuenta se hacía, tan valientemente peleó, que mató á aquel que primero subió, é defendió de tal manera el muro, que ántes que los franceses pudiesen tomar ninguna torre el velador fué socorrido por los españoles, é la virtud de solo un hombre pudo tanto, que por su esfuerzo la villa no se tomó é muchos de los franceses fueron muer-